

MIRÓIR

La danza prohibida

Antonio Pérez-Lepe

«Los niños eran elegidos...».

A camino entre el terror gótico de Poe y la belleza pictórica de Lorca, esta obra se debate entre la realidad y la ficción, en un ambiente enigmático que no dejará impasible al lector. Experiencias próximas a la muerte, mitos y leyendas de civilizaciones perdidas, persecuciones trepidantes, muerte y vida, realidad y ficción pero sobre danza... mucha danza.

Esto es «Miroir», el libro donde empieza todo, donde se dan respuesta a todas las preguntas que nunca nos atrevimos a preguntarnos, donde lo visible para solo unos pocos empieza a revelarse a través de los espejos. Un viaje de ida y vuelta desde la civilización occidental hasta el interior de la India, desde lo contemporáneo y trivial a lo ancestral y oculto, desde la danza clásica hasta las danzas prohibidas. No hay peor miedo que el que turba nuestra mente sin dejarnos discernir entre la realidad y la ficción. Esta obra, colmada de misterio y suspense, nos ofrece una inquietante reflexión entre los hechos científicamente demostrados y la realidad que aparece ante nuestros ojos.

A mi padre.

Capítulo I

Nocturno nº2

«¡Margot, el *derrière* para dentro! —decía *Madame Moira*, mientras le golpeaba el pompis con una varita metálica muy fina». Margot odiaba esta palabra: *derrière*. ¿No podía decir culo cuando se refería al trasero? No, claro que no. Allí nada se llamaba como tenía que llamarse. Y no sé por qué a Margot le extrañaba, si todo en la danza tenía nombre en francés: *chassé, jeté, tendu, cambré, en dehors, en dedans...* pero *derrière* la superaba. Quizás era más bien por el hecho de que le encontraran a ella una imperfección; o quizás era porque esa palabra en boca de *Madame Moira*, natural de Glasgow, sonaba especialmente chirriante.

Hay niños que a una edad tan temprana como los nueve años son más exigentes consigo mismos de lo que lo serán el resto de su vida. Hay niños cuya búsqueda de la perfección es tan voraz que son capaces de estar practicando incansablemente hasta conseguir que su profesor deje de pronunciar esa palabra odiada... Y esa palabra era *derrière*.

Margot no tenía vida, sus padres la estaban saturando. Tres días a la semana la recogía su padre en el colegio y derecho para el conservatorio. Y por si no fuera bastante, martes y jueves tenía clases de solfeo. La pobre no aguantaría ese ritmo. Esto es lo que pensaban los padres de las dos mejores amigas de Margot, Isa y Anna. Sin embargo,

nada más lejos: Margot adoraba la danza y para ella era como un juego, no, era aún más apasionante que un juego. Que las actividades artísticas a temprana edad ayudan a generar disciplina y *focus*, eso ya lo sabían sus padres, y lo refrendaba el hecho de que Margot era la primera de su clase. Leía perfectamente desde los cinco años. Un día la llevaron a la clase de seis años a leer y demostrar que leía mejor que ellos, cosa que no la ayudó a conseguir demasiados amigos a pesar de fallar adrede en varias ocasiones. Las matemáticas le encantaban, y la historia. La mayoría de las noches, durante el camino de vuelta del conservatorio, las pasaba estudiando con la ayuda de un flexo portátil que conectado al mechero del coche su padre había logrado hacer funcionar. Su mente no estaba hecha para perder tiempo. Su agenda a los nueve no incluía distracciones como las de un adulto: ni llamadas de teléfono, ni limpiar la bandeja de entrada, ni reuniones improductivas, ni televisión, ni demás ladrones de tiempo, que llaman ahora, presentes en el día a día de cualquier adulto con un trabajo decente. Menos mal que a los nueve, el tiempo pasa a otro ritmo: cada hora de un adulto puede convertirse en siete horas a los nueve. Parece que los niños vivan en Mercurio, girando en una órbita más lenta alrededor de un sol que para Margot era la danza.

A los siete años logró entrar en el conservatorio, tras un año en la academia de danza Marie Rambert de Notting Hill, que la tía Alicia había pagado gustosa. Una hora por la A12 desde Chelmsford, pasando por Brentwood, Loughton y el Kensington Memorial, era demasiado para Gillian, su padre, quien festejó más incluso que Margot su entrada en el conservatorio, lo que reduciría a cuarenta minutos el trayecto de ida, y a 25 escasos minutos el trayecto de vuelta en coche.

Con *Madame Moira* solo se ensayaba escuchando a Chopin. Nocturnos y valsos ejecutados por músicos que habían sido obligados a seguir un ritmo constante cual reme-

ros en una galera, para facilitar la práctica de *pliés*, *frappés* y *grand battements*, por bailarines que con mirada a veces envidiosa sobre los numerosos cuadros de Degas colgados en la sala, se esforzaban por llevar cada día más alta la pierna, o por cerrar la quinta posición o por meter el *derrière*.



Capítulo II

El pájaro de fuego

«Margot, tú dirigirás hoy la clase, no me encuentro bien — dijo *Madame Moira*». Ocho años atrás la estaba corrigiendo y hoy era Margot la que dirigía el ensayo. A Margot no le iban a quedar demasiados ensayos, y lo sabía. Dentro de tres meses, tras el verano, debía dejar Londres para comenzar los estudios de economía en la Universidad Heriot-Watt en Edimburgo. ¿Por qué Escocia? Al final va a resultar que *Madame Moira* dejó una huella más profunda en ella de lo que Margot pensaba. De hecho, *Madame Moira* la había ayudado mucho tras su lesión de tobillo a los doce años. Se veía reflejada en Margot cuando tenía su edad, le había comentado a Gillian en alguna ocasión sobre su hija.

El veinte de junio tendría lugar en el Barbican Centre, teatro estrenado cinco años atrás, la actuación del conservatorio. Margot estaba nerviosa, actuaría con sus compañeras de promoción, pero ella hacía el papel protagonista, después de que Anna lo hubiera rechazado, no se sabía muy bien por qué. Estaba nerviosa, triste y también angus-

tiada. Anna, Rosella y Carla, estas dos últimas de ascendencia italiana, habían conseguido una audición para después del verano, nada más y nada menos que para el *National Ballet*. Anna la había acompañado desde pequeña y aunque ahora no tenían una amistad tan fuerte como entonces, habían supuesto un apoyo la una para la otra. Finalmente, a pesar de que Anna siempre había conseguido mejores calificaciones que Margot, debido a una magnífica expresión innata, Margot representaría el papel de su vida. Por eso estaba tan nerviosa. Ya no volvería a bailar seguramente, al menos no a ese nivel. Estaba triste y le angustiaba el hecho de no atreverse a resistir la presión social que la conducía desde Inglaterra al otro lado del muro de Adriano en Escocia y no dedicarse a lo que ella más quería, la danza.

Estuvo pasional, colorida, suelta, imperfecta. Los alumnos, familiares y profesores lo celebraron en un cóctel al final del espectáculo. *Madame Moira* no asistió, y al acabar la obra se retiró a casa. Últimamente se sentía muy cansada. Esa misma noche, poco después de comenzar la celebración de final de curso, tuvieron que interrumpirla a causa de una llamada: *Madame Moira* se encontraba muy enferma. Todos acudieron en masa a la casa de *Madame Moira*. El pronóstico no era alentador, el médico al marcharse les explicó a todos en la puerta que no podían pasar todos a verla en ese estado, pero que había preguntado por Margot: «¿Quién es Margot? —preguntó el médico». Desde fuera Margot pudo ver a una mujer en el interior de la casa, cuyo parecido con *Madame Moira* era sorprendente, y que le indicó con la mano que pasase. «Debía de ser su hermana— pensó».

A lo largo del pasillo que conducía a la habitación pudo ver mil fotografías de *Madame Moira*, en todas con vestido sílfide, cuyo blanco esponjoso resaltaba sobre el negro del escenario. Margot era también de estilo clásico (tutú blanco; corpiño blanco), y a medida que iba cruzando el pasillo se fue sintiendo muy reconfortada, hasta entrar en la habi-

tación con una sonrisa estirada, como cuando se sale al escenario a saludar y recibir aplausos, con la mirada al fondo. Esta *entrée* en la habitación recibió una gran sonrisa de *Madame Moira* y tres palmadas. Otro aplauso más en aquel veinte de junio, el más emotivo, sin duda. *Madame Moira* pudo agarrarla fuerte de la mano y decirle bajito lo que Margot había estado esperando todo este último año. Dos lágrimas recorrieron sus mejillas al instante. Se abrazaron.

Esa noche, en casa, a pesar de ser tarde, mientras preparaban en la cocina algo para cenar, Margot les dijo a sus padres que iría a Escocia en septiembre, pero no a estudiar economía, al menos no si era aceptada tras la audición que *Madame Moira* le había conseguido en el *Scottish Ballet*. Al decir esto, un huevo se resbaló de las manos de Gillian y se estalló en el suelo. En ese momento, sonó el teléfono, cortando cualquier réplica por parte de su madre.



Capítulo III

Asturias

Madame Moira había muerto aquella misma noche, poco después de hablar con Margot, justo a tiempo para hacerla cambiar de elección tras sus palabras, justo a tiempo para tomar el camino menos transitado, menos estable, menos a gusto de todos. Y así fue como Margot terminó escuchando de nuevo la palabra *derrière* con aquel acento fuerte que acabó por parecerle tan simpático.

Se instaló en Glasgow, tras pasar la audición, en Ballater Street, cerca de King's Bridge, en la orilla derecha del río Clyde. Cada día volvía a ser un reto para ella, una ilusión, igual que antes, solo que ahora ya tenía dieciocho años. Era la recién incorporada, junto con Darrell y Elizabeth, así que tocaba ponerse las pilas. Estrenarían en solo un mes «*MIROIR*», un montaje propio del *Scottish Ballet*, con obras de Liszt, Debussy y Ravel, con dos papeles protagonistas que debían actuar en perfecta sincronía y en perfecta simetría, como dos reflejos. Era su primer gran reto, para el cual estaba preparada y quería conseguir uno de esos papeles.

Su última actuación en El Pájaro de Fuego en Londres le había dado confianza. Y sobre todo las palabras de *Madame Moira*: «Tú has nacido para la danza, lo vi en tus ojos el primer día que llegaste al conservatorio».

Los ensayos iban muy bien, sin embargo Margot no conseguía sacar del coreógrafo principal ninguna palabra o gesto de satisfacción, y esto la estaba poniendo cada vez más nerviosa. Kumha o *Professor Kum* era como todos conocían a este excéntrico personaje, encargado del *casting*, montaje y perfeccionamiento artístico de la mayoría de las obras. Tal era la presión que un día Margot se armó de valor y decidió ir a hablar con Kum tras el ensayo.

«Yo solo quiero perfeccionar mi trabajo y llegar al máximo —dijo Margot, interpelando ayuda—. Kum le explicó que desde que la vio en el *casting* de audiciones sabía que debía estar en la compañía. Sin embargo, para *MIROIR* se necesitaba algo más que perfección técnica. Le faltaba pasión. «Fíjate en Tamara —le dijo—, algo que no puede adquirirse con horas de ensayo. Tus manos están rígidas y, aunque correctas, aquí necesitamos *mudra* —Al oír esto, Margot no sabía si no entendía esta palabra por el acento hindú o por el acento de Glasgow o por ambas cosas a la vez—. Necesitas mucha más definición en los movimientos pero que este esfuerzo no se perciba. La “difícil facilidad” es lo que buscamos en la danza. En el universo existe una energía que conecta y fluye a través de todos los elementos, el *prana*. Pues bien, tú pareces una muñeca de madera, no percibo flujo, ni pasión. Debes traerme esa pasión para alcanzar la perfección». Estuvieron charlando bastante tiempo y esto la tranquilizó. Al menos ya sabía por qué *Professor Kum* no hacía más que mover la cabeza de un lado a otro al mirarla en los ensayos.

Al día siguiente, Kum llamó a Margot tras el ensayo y le dio un CD de música: *Suite Iberia*-Isaac Albéniz. «No quiero que escuches en casa a Liszt, ni a Debussy, ni siquiera a Ravel. Quiero que te impregnes de esta música y te dejes lle-

var por la pasión, la prisa, los matices... Debes buscar esto, y obtendrás el espíritu que quiero para *MIROIR*».

Margot no pudo más que embriagarse del perfume que trasminaba aquella música, y comprendió que le iba a llevar mucho tiempo adquirir «la imperfección».

El estreno de *MIROIR* fue muy aplaudido. La temporada estuvo genial y consiguió estar en uno de los dos papeles principales, incluso haciéndole sombra a Tamara, la otra protagonista de la noche. Margot estaba instalada en la rutina del esfuerzo y el sacrificio, aunque de vez en cuando bajaba a ver a sus padres y amigas a Londres. También había hecho buenos amigos en Glasgow. Kum organizó al final de la temporada una fiesta en su casa. Lo pasaron muy bien. Margot de repente se sentía reconfortada en aquella casa. Estuvieron viendo fotos antiguas de Kum. Aparecía de pequeño vestido con trajes tradicionales indios muy pomposos, con dos mujeres de la mano: dos profesoras de danza que le descubrieron en un viaje y le trajeron desde India a Escocia, para educarle en la danza clásica. De hecho, en la mayoría de las fotos aparecía con «sus dos madres», dos bailarinas prácticamente idénticas en apariencia, siempre vestidas de blanco, que le criaron y educaron en Escocia. Fue una gran velada, sí.

Kum los llevaba de vez en cuando al *ballet* o a alguna obra de teatro, para explicarles tal o cual sentimiento que habrían de aplicar a sus trabajos. En una ocasión fueron todos juntos a un espectáculo de flamenco, en la *National Gallery of Scotland*. Margot quedó prendada de la «imperfección» y la pasión del espectáculo. Aquel verano decidió inscribirse en un curso de flamenco en España (así podría aprovechar y pasar algunos días en la playa).

Kum le había pasado un contacto de una bailarina española retirada que ofrecía cursos a profesionales. El veinte de junio de 1992, aterrizó Margot en Sevilla, dispuesta a aferrar con uñas y dientes la pasión que luego requerirían

muchos papeles, sobre todo fuera del repertorio más clásico.

Pero no llegó sola. Margot traía a Tula, un cachorro de apenas tres semanas que Kum le había regalado, para su protección y para que no se sintiera sola.



Capítulo IV

Granada

Se instaló en un hotel discreto y confortable en Sevilla, en la calle Clara de Jesús Montero. El plan era pasar unos días visitando la ciudad. Además del recorrido turístico, visitaría las numerosas academias de danza y flamenco de Triana: Caracolillo, Matilde Coral, Merche Esmeralda, Mario Maya... También aprovecharía para practicar y recuperar lo poco que había aprendido de español en el instituto. El fin de semana siguiente, alquilaría un coche y se dirigiría a un gran cortijo en la sierra, cerca del llamado Cerro del Hierro.

Rodeado de vegetación, en plena sierra de Sevilla, se erigía una especie de *Bed & Breakfast* gigantesco, todo blanco de cal, cubierto de tejas cerámicas rojizas, persianas verdes, un patio con un pozo, intenso olor a jazmín... sin duda resultaba refrescante y nada comparable con el calor que había pasado recorriendo las calles de Sevilla. Además, permitían mascotas.

Milagros era una mujer menuda, pero con una expresividad en el rostro y una fuerza al caminar, que impedían ver

realmente su avanzada edad. Había dedicado toda su vida a la danza y una vez retirada de los escenarios y las giras, había decidido también alejarse del bullicio de la ciudad y seguir enseñando en un ambiente más íntimo y recogido, solo para profesionales. Milagros ofrecía a sus alumnos alojamiento en el cortijo durante el curso. O sea, que sí que era un alojamiento turístico, pero en régimen de *Bed & Flamenco*.

El curso completo duraba prácticamente todo el verano, ocho semanas. Empezarían por clásico español, les explicó Milagros a las cuatro alumnas en un perfecto inglés, para hacer el viaje de manera inversa a la que tradicionalmente se hace en la danza española: «Aquí en el Sur se empieza a bailar sevillanas antes de saber escribir. El trabajo que se hace luego en las academias es el de estilizar, limar, perfeccionar y limpiar todos los “vicios” adquiridos en el aprendizaje, digamos “libre”. Vosotras venís estilizadas, perfectas... y yo me voy a encargar de “ensuciaros”, retorceros y... cabrearos, si hace falta».

A las nueve daban comienzo las clases, seis horas cada día. Después de la cena, Milagros proyectaba en el patio sobre una pared encalada vídeos antiguos de sus actuaciones y de bailarines y bailaoras flamencos famosos, para repasar la historia y los palos del flamenco. Era un momento mágico. Después de recuperar fuerzas en la cena, Margot se acurrucaba en un gran sillón de mimbre, acomodaba a Tula en su regazo y miraba y escuchaba las explicaciones de Milagros, bajo un cielo de verano cubierto de estrellas.

—¿De dónde procede el flamenco y cómo aparece en España? ¿Quién lo sabe? —preguntó Milagros al grupo.

—La India —respondió rápidamente Margot.

—¡Premio! —respondió mostrándose sorprendida Milagros.

Margot no sabía nada más, pero recordaba que Kum lo había mencionado con mucho hincapié la noche que fueron a ver flamenco.